



El duelo entre Racing de Avellaneda y Celtic de Glasgow de la Copa Intercontinental de 1967 acabó con cinco expulsados en el partido de desempate. / AS

Este torneo que insiste en ganar el Madrid tiene su precedente en el doble duelo entre los campeones de Europa y Sudamérica. Empezó bien, pero se encanalló a mediados de los sesenta, hasta peligrar su existencia.

Los primeros tiempos fueron felices. Se confrontaban dos modelos de fútbol. Los sudamericanos eran más técnicos, aunque más lentos; los europeos eran más vigorosos y con mejor disciplina táctica. Se jugaba a *partido* y *revancha*, contando los puntos, no los goles. Si era preciso, se enfrentaban en un desempate.

Empezó en 1960, con victoria del Madrid sobre el Peñarol: 0-0 allí y 5-1 aquí, con el equipo de Di Stéfano, Puskas y Gento en su zénit. Al Madrid le sucedió en el trono europeo el Benfica, que perdió sus dos ediciones, ante el Peñarol y ante el Santos, donde refulgía Pelé. Luego repite el Santos, ante el Milan, y en el 64 el Inter de Luis Suárez recupera el trofeo para Europa, ante el Independiente; la final se repite en el 65 y otra vez gana el Inter. En 1966 vuelve el Madrid, con los ye-yés, que pierden ante un Peñarol renovado y magnífico, con el ecuatoriano Spencer marcando a pares en Montevideo y en Madrid.

De repente, todo se enturbó. Fue por el Mundial de Inglaterra 66, en el que toda Sudamérica se sintió incómoda, maltratada por

MEMORIAS EN BLANCO Y NEGRO / ALFREDO RELAÑO

Durante la década de los sesenta el trofeo se llenó de partidos violentos

## Los años canallas de la Intercontinental

Fue por el Mundial de Inglaterra 66, en el que Sudamérica se sintió maltratada por los arbitrajes

los arbitrajes, por la FIFA y por el ambiente. Fue el Mundial de las patadas a Pelé, de la expulsión de Rattin, capitán de Argentina, tras lo que el seleccionador inglés Alf Ramsey llamó "janimals" a los argentinos.

Aquello creó un caldo de cultivo peligroso. Sudamérica vio la Intercontinental como el camino para desquitarse, el espacio idóneo para dirimir dónde se jugaba mejor, si allí o entre nosotros. Toda Sudamérica se entregó a esa causa. En 1967 se enfrentaron el Racing de Avellaneda y el Celtic de Glasgow y todo fue muy desagradable. Hubo desempate, en el Centenario de Montevideo, con cinco expulsados. Acabó ganando el Racing, con un gol del Chango Cárdenas, pero algo quedó definitivamente roto.

Y más lo iba a romper la aparición del Estudiantes de la Plata, que ganó tres Libertadores consecutivas con el fútbol más desagradable que pueda concebirse.

Sus rivales europeos fueron sucesivamente el Manchester, el Milan y el Feyenoord. Ganó al Manchester dejando una estela odiosa. Un diario inglés recuperó para su titular el viejo insulto de Ramsey. "¡Animals!". El año siguiente, 1969, fue peor. Por primera vez no se iba a decidir el título por puntos, sino por goles. El Milan, que había ganado el partido de ida 3-0 sufrió horribles agresiones en la devolución de visita. Salvó el título, porque sólo perdió 2-1, pero aquello, ya televisado a muchos países, causó horror. El propio presidente argentino, Héctor Onganía, hizo detener y encarcelar a tres jugadores de Estudiantes por su conducta escandalosa.

Los europeos se preocuparon. La Intercontinental exigía un precio que no todos estaban dispuestos a pagar. Gran parte del problema eran los árbitros sudamericanos, que dirigían los partidos de allí. En parte por costumbre (la Libertadores ya era en sí de atúpa) y en parte porque estaban también imbuidos de ese rechazo a lo europeo, dejaban pegar hasta lo indecible. Aquello era realmente peligroso.

El Feyenoord, para jugar con el Estudiantes, propuso y consiguió que se cruzaran los árbitros: el americano en Europa y el europeo en América. Entre

eso y que el Estudiantes estaba muy vigilado, salió relativamente bien del asunto.

Pero la Intercontinental estaba tocada. El Ajax, el Bayern y el Liverpool renunciaron dos veces a ir, y el Nottingham, otra. En los años 71, 73, 74, 77 y 79, Europa envió al subcampeón. En el 74 fue el Atlético, que la ganó acudiendo por renuncia del Bayern. En el 75 y el 78 ni se celebró. En el 73, con la renuncia del Ajax, el derecho pasó a la Juventus, que puso la condición de que se jugara a un solo partido, y en Europa. El Independiente aceptó semejante exigencia, tal era el interés que esa copa despertaba en su continente. Y a partido único, en Roma, ganó a la Juventus, por orgullo de todo el fútbol de Sudamérica.

En fin, que a partir de los setenta, sólo en el 70, el 72 y el 76 se jugó la Intercontinental como fue concebida, entre los dos campeones. Eso sí, cruzando los árbitros.

Así no se podía seguir...

La solución llegó de Tokio, que se ofreció como espacio neutral para una final a un solo partido, con el patrocinio de Toyota. Siguió creando mayor interés en Sudamérica que en Europa (ya explicaba el otro día Solari que se escapaba del colegio para verla en un bar), pero los europeos ya no renunciaban a jugarla.

para leer

### Irureta, icono de la modernidad

PEDRO ZUAZUA

Javier Irureta es un personaje mítico. Jugador del Atlético de Madrid y del Athletic de Bilbao, en su posterior trayectoria como entrenador trazó una suerte de línea que iba desde Galicia hasta su tierra natal, el País Vasco. Celta, Deportivo, Real Oviedo, Racing, Logroñés, Real Sociedad y Athletic. Luego, ya en su epílogo como preparador, tuvo dos aventuras fugaces a cargo del Zaragoza y del Betis. Irureta es

uno de los iconos de la década de los 90 y principios de 2000 en el fútbol español. Siempre vestido de domingo —hubiera o no partido— y siempre acompañado de sus gafas, hacia de vez en cuando una concesión al desenfreno olvidándose la corbata o luciendo el chubasquero del club en cuestión. En un partido contra la prensa, jugó con las gafas puestas y la funda en la mano. Anotó varios goles: "Esto es más difícil que escribir o que criticar", les dijo con sorna a los plumillas.

Hombre de costumbres, vivió durante siete años en la habitación 514 del hotel María Pita de A Coruña. Después de los



partidos de sus equipos y siempre que el horario y la distancia se lo permitían, se desplazaba a Bilbao para ver a su familia. Un tipo, además, con retranca. "¡Jaúpa, chavales, que ya viene el Erandio!", gritaba en los entrenamientos.

Despistado, a veces citaba a jugadores del rival que ya estaban retirados. Otras, a jugadores suyos que no estaban en el campo. Capaz de recoger el guante de peregrinar a Santiago si el equipo remontaba al Milan, remontar y hacer el camino. Si le preguntaba por el último éxito de Supertramp, se reía algo nervioso y regañaba con cariño al periodista.

Todos los que han trabajado con él destacan su bonhomía e inteligencia. Como aquella vez que un director deportivo se lo llevó a comer para que no quitara a un jugador. Durante el almuerzo no hablaron del tema, pero al acabar, Irureta le dijo: "Sé para qué me has traído hoy a comer. Que sepas que mañana es el último día que lo ponga".

Ahora, en forma de novela gráfica, le llega un reconocimiento al "Woody Allen del fútbol español". En *¡Han atropellado a Irureta!* (Modernito books), Miguel Nicolás y Jaime Pantoja crean una divertida historia que es un sinsidío y en el que un cromo de Irureta de la temporada 1974-1975 se convierte en el nexo entre la modernidad y un tiempo que ya no existe. Irureta, icono moderno. ¿Quién se lo iba a decir?